

En la muerte de Juan Pablo II

José Ramón Busto Saiz

Juan Pablo II comienza y concluye la encíclica Tertio millenio adveniente citando la Carta a los Hebreos (13,8): Jesucristo, ayer y hoy es el mismo y lo será siempre¹. Esta cita puede servir de símbolo del significado de su pontificado en estas líneas apresuradas que escribo cuando aún no ha transcurrido un mes desde su muerte.

No pretendo hacer un balance de su pontificado. Tampoco sería posible. Ha sido un largo pontificado, el tercero de mayor duración en la historia de la Iglesia. Rico en documentos, decisiones de gobierno, gestos e innovaciones.

¹ Publicada el 10 de noviembre de 1994. La cita sirve para titular los capítulos I y V de la encíclica.

Se ha desarrollado en un período histórico difícil –quizá todos lo son– en el que han tenido lugar acontecimientos de muy hondo calado: la caída de los regímenes comunistas, el avance de la globalización con el desarrollo imparable de la informática y las comunicaciones, el despertar de Asia Oriental, la amenaza del fundamentalismo islámico, la extensión de los regímenes democráticos, al menos formales, en los países del llamado Tercer Mundo, etc. Un pontificado así no se deja evaluar fácilmente. El balance, que exigirá tiempo para ver los hechos en perspectiva y estudios para desvelar la profundidad de su significado, sólo los historiadores podrán hacerlo de verdad. Aquí me voy a limitar a señalar un par de rasgos relevantes de su figura, aunque, como suele ocu-

rrir con todos los grandes hombres, la figura de Juan Pablo II sea inseparable de su pontificado. Pues desde su elección como Obispo de Roma la existencia personal de Juan Pablo II se volcó en la obediencia a la misión recibida de Dios, identificándose con ella, y ha sido el cumplimiento de esa misión lo que ha colmado y agotado su trayectoria vital.

El primer rasgo de su figura que me parece necesario subrayar, aunque pueda parecer una obviedad, es que Juan Pablo II era un hombre de fe. Para Juan Pablo II Jesucristo es el centro de la historia humana y el único Salvador de los hombres. De este modo lo expresa en su primera encíclica *Redemptor Hominis*, publicada pocos meses después de ser elegido y programática de su pontificado: «*Es precisamente aquí, carísimos hermanos, hijos e hijas, donde se impone una respuesta fundamental y esencial; es decir, la única orientación del espíritu, la única dirección del entendimiento, de la voluntad y del corazón es para nosotros ésta: hacia Cristo, Redentor del hombre; hacia Cristo, Redentor del mundo. A El queremos mirar nosotros, porque sólo en El, Hijo de Dios, hay salvación, renovando la afirmación de Pedro: «Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna».*² Y lo ha vuelto a proclamar recientemente en uno de sus últimos documentos, la Carta *Mane nobis-*

cum, Domine, escrita para invitar a la Iglesia a celebrar el año 2005 como año de la Eucaristía: «*Cristo no sólo es el centro de la historia de la Iglesia, sino también de la historia de la humanidad. Todo se recapitula en Él (cf. Ef 1,10; Col 1,15-20). Hemos de recordar el vigor con el cual el Concilio Ecuménico Vaticano II, citando al Papa Pablo VI, afirmó que Cristo «es el fin de la historia humana, el punto en el que convergen los deseos de la historia y de la civilización, centro del género humano, gozo de todos los corazones y plenitud de sus aspiraciones».*³

Me parece que sólo desde esta fe en Jesucristo como único Salvador de la humanidad se puede comprender la misión a la que se sintió llamado Juan Pablo II y, por tanto, su figura y su pontificado. En el mundo secularizado en el que vivimos no es infrecuente que se trate de comprender a la Iglesia, a sus Instituciones, a sus hombres y a sus decisiones prescindiendo de la fe. Como es lógico los resultados de esos enfoques suelen ser análisis equivocados, pues para conocer los fenómenos es imprescindible comprender en profundidad sus verdaderas causas. Nos cuenta el evangelio de Lucas (22, 31) que Jesús le dijo en cierta ocasión a Pedro: *Simón, yo he pedido por ti, para que no falle tu fe; y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos.* Me parece que en esta frase, donde se en-

² Publicada el 4 de marzo de 1979, n. 7,2.

³ Publicada el 7 de octubre de 2004, n. 6.

cuentra la clave para comprender el servicio de Pedro a la Iglesia, se halla también la clave de la trayectoria existencial de Juan Pablo II.

Karol Wojtyła ha sido un creyente con una fe viva recibida de su familia y acrisolada durante su juventud y madurez en las circunstancias bien difíciles de la segunda guerra mundial y del régimen comunista que ocupó el poder, tras la guerra, en su Polonia natal. Un hombre con una experiencia espiritual profunda, arraigada en sus más íntimas entrañas y con el coraje de poner su existencia y entregar su vida al servicio de esa fe. Una vez elegido papa asumió como misión el servicio de Pedro de confirmar a sus hermanos en la fe y esa misión no la vivió nunca como un encargo administrativo sino que la sintió brotar de lo más íntimo de sí mismo, que era su encuentro a solas con Dios en esa relación que es la fe. La fe en Jesucristo fue para él la roca donde había edificado su existencia y de ahí que haya podido ser roca, piedra, vicario de Pedro para la Iglesia. Probablemente ahí se halla la clave de su actuación como papa hacia el interior de la Iglesia, la clave de su «política» eclesial –por utilizar un término secular, que referido al gobierno de la Iglesia siempre habrá que poner entre comillas–. Heredero del Concilio Vaticano II, cuyo legado quiso recibir y continuar contribuyendo a su puesta en práctica en la Iglesia, como sugiere el mismo nombre bajo el que

quiso ejercer su servicio de Pedro: Juan Pablo, con el que venía a asumir el legado de los papas del Concilio: Juan XXIII y Pablo VI, tal como él mismo explicó en su primera encíclica⁴.

*sólo desde la fe en Jesucristo
como único Salvador de la
humanidad se puede
comprender la misión a la
que se sintió llamado Juan
Pablo II*

A nadie se le oculta que en el postconcilio, que fueron tiempos de renovación y puesta al día y también de experimentación y de búsqueda de nuevas vías por donde caminar y ejercer el compromiso cristiano, se liberaron en la Iglesia algunas fuerzas disgregadoras y se produjeron fuertes tensiones. Tras el Vaticano II la vida de la Iglesia ya nunca sería igual que antes. A mi modo de ver, el Concilio supuso para la Iglesia una renovación y un redescubrimiento de muchas virtualidades de la fe que se encontraban adormecidas. Pero también surgieron tendencias que, aunque no se puedan achacar al Concilio, dieron pie para que no siempre se viera el Concilio con buenos ojos.

⁴ *Redemptor Hominis*, n. 2,2.

En 1984 el entonces Cardenal Ratzinger en la entrevista titulada *Informe sobre la Fe* decía: «El Vaticano II se encuentra hoy bajo una luz crepuscular. La corriente llamada «progresista» lo considera completamente superado desde hace tiempo y, en consecuencia, como un hecho del pasado, carente de significación en nuestro tiempo. Para la parte opuesta, la corriente «conservadora», el Concilio es responsable de la actual decadencia de la Iglesia católica, y se le acusa incluso de apostasía con respecto al concilio de Trento y al Vaticano I: hasta tal punto que algunos se han atrevido a pedir su anulación o una revisión tal que equivalga a una anulación»⁵. Juan Pablo II desde el centro de su experiencia de fe y desde el centro de su misión buscó reconducir las fuerzas centrífugas de uno u otro lado a la unidad siguiendo el deseo que el Señor expresó en su oración de la Última Cena: *Que todos sean uno* (Jn 17,21).

La Relación final del Sínodo extraordinario de 1985, a los veinte años de la clausura del Concilio, sin ignorar las dificultades del postconcilio, que achaca «a la comprensión y aplicación defectuosa del Concilio», reconoce que del Vaticano II «se han derivado muchísimos frutos espirituales para la Iglesia universal y para las Iglesias particulares, así como también para los hombres de nuestra época». De esa búsqueda de la

unidad y la cohesión en la herencia del Vaticano II son testimonio claro, entre otras actuaciones de Juan Pablo II, la redacción del Catecismo de la Iglesia Católica y la promulgación del Código de Derecho Canónico y el Código de las Iglesias Orientales.

La fe de Juan Pablo II en Jesucristo se ha centrado en su fuerza salvadora para los hombres. Así lo subrayaba el Papa en el título de su primera encíclica, *Redemptor hominis*, y lo ha ido reiterando en muchos otros de sus documentos: tres de sus encíclicas comienzan por la palabra *Redemptor* y dos de sus exhortaciones por *Redemptor* o *Redemptio*⁶. Sin Jesucristo la humanidad no tiene salvación. Me parece que aquí tenemos una segunda clave de la existencia y la misión de Juan Pablo II: el creyente Karol Wojtyła y el pastor Juan Pablo II sentía tener entre las manos la Vida Verdadera, la Salvación de los hombres y consagró su vida entera a llevar y entregar a los hombres la salvación. Así es como la fe de Juan Pablo II se ha hecho operativa por el amor.

Puede ser que este papa pase a la historia como el papa viajero. Ciertamente ningún papa antes realizó 104 viajes por todo el mundo. Pero

⁵ Card. J. Ratzinger – V. Messori, *Informe sobre la fe*, Madrid 1985, p. 34.

⁶ *Redemptoris Mater* (25.3.87) sobre la Virgen María, *Redemptoris Missio* (7.12.90) sobre la dimensión misionera de la Iglesia, *Redemptionis Donum* (25.3.84) sobre la consagración religiosa y *Redemptoris Custos* (15.8.89) sobre San José.

hemos de ver tras su actividad viajera su impulso evangelizador. Esa es la misión de la Iglesia y lo será siempre y Juan Pablo II sintió que ésa era la principal tarea de su servicio de Pedro. Trató de poner en práctica lo que constituye el argumento del libro de los Hechos de los Apóstoles: que la palabra de salvación llegue a lo último de la tierra (Hech. 1,8).

En el apremio de llevar la salvación de Cristo a los hombres podemos descubrir el centro del que parten sus actuaciones: su atención y cercanía a los jóvenes, a quienes quiere ganar para la causa de Cristo, porque sin Cristo su existencia se perderá sin verdadero futuro; su magisterio en temas morales en un mundo cada vez más encandilado por el ejercicio de una libertad entendida como la capacidad de elegir hacer cualquier cosa, en lugar de la capacidad de elegir aquello que nos puede hacer mejores personas y por tanto, verdaderamente más libres, aun a costa de algunas renunciadas necesarias; su defensa irrenunciable de los derechos humanos y de la dignidad de cada persona humana, en una época en la que con demasiada frecuencia se desprecia la vida, se sojuzga la libertad y se manipula la verdad; sus aportaciones a la doctrina social de la Iglesia que ha enriquecido con tres encíclicas⁷; su de-

fensa a ultranza –a veces, casi en solitario– de la paz entre los pueblos y entre las religiones; su impulso al ecumenismo y al diálogo interreligioso del que permanecerá para siempre en la memoria de la Iglesia la jornada de oración por la paz de Asís del 27 de octubre de 1986.

*en el apremio de llevar la
salvación de Cristo a los
hombres podemos descubrir
el centro del que parten sus
actuaciones*

Ya he dicho que no intentaba hacer un balance del pontificado de Juan Pablo II y de su legado a la Iglesia. Otros muchos aspectos se podrían recordar pero no quiero concluir sin aludir a dos aspectos en los que su magisterio ha sido para mí especialmente significativo. En lo que se me alcanza, ha sido el primer papa que ha dedicado un documento al sentido del sufrimiento humano, la Carta Apostólica *Salvifici Doloris*⁸, donde ha reflexionado sobre el valor salvador del sufrimiento humano. Aquí aparece de nuevo la íntima coherencia entre la fe proclamada y la existencia vivida. Su enseñanza acerca de que el sufrimiento humano no es algo necesariamente carente de sen-

⁷ *Laborem Exercens* (14.9.81), *Sollicitudo Rei Socialis* (30.12.87), *Centesimus Annus* (1.5.91).

⁸ Publicada el 11 de febrero de 1984.

tido y, por tanto, sobre su dimensión salvadora, ha quedado validada por su experiencia personal ante el dolor y su manera de afrontarlo.

También quiero recordar su empeño personal en pedir perdón en numerosas ocasiones y, en concreto, con motivo del jubileo del año 2000 por los errores y pecados que han manchado a la Iglesia. Nada hace más grandes a los hombres y a las instituciones que reconocer ante Dios lo que les falta aún para responder a su gracia y a su llamada. Pedir perdón puede parecer una humillación, pero en verdad es lo único que nos hace verdaderamente grandes porque sólo pedir perdón nos coloca a la altura de lo que Dios espera de nosotros.

En la Eucaristía los cristianos damos gracias a Dios por Jesucristo y asociamos la entrega de nuestras vidas al sacrificio de Jesús. Juan Pablo II, con su muerte en este año de la Eucaristía y precisamente en las vísperas de la celebración litúrgica de una fiesta de Cristo y de la Virgen, a quien tan profunda devoción profesó, la de la Anunciación y de la Encarnación, ha dado el paso último de su incorporación a Cristo. Incorporado definitivamente al Cuerpo de Cristo, ha alcanzado en plenitud aquello que sintió ser el centro de su vida y el sentido de la existencia de cada hombre y de la historia humana, al tiempo que su presencia en la Iglesia permanece de otra manera viva en la vida de Cristo. ■